

Cultura y género en la población afrodescendiente de la Costa Chica de Guerrero

Haydée Quiroz Malca*

[...] es el otro y su mirada, la que nos define y nos forma. Así como nosotros —no logramos vivir sin comer o sin dormir— tampoco logramos entender quiénes somos sin la mirada y la respuesta del otro [...]

Este párrafo de Humberto Eco (1997: 107) trata de recordar que estamos definiéndonos, definiendo y siendo definidos por los demás constantemente, en un proceso que es multilateral. Esto también nos debería llevar a reflexionar que uno mismo, el otro, la otra, los otros, las otras, tenemos diferentes maneras de mirar y juzgar, y es a partir de esta situación o posición, donde cada quien está ubicado, que se inicia este juego sin fin.

Si pensamos en hombres y mujeres como seres diferentes, pero también como parte de este proceso de identificación/separación, ubicados en espacios y tiempos delimitados, tal vez podríamos proponer una manera de acercarnos a las comunidades en las que trabajamos con un sesgo etnocéntrico menor o, cuando menos, más consciente.

Aceptar la afirmación de que es el otro(s) o la otra(s) y su mirada(s) lo que nos define y nos da forma, implica, pues, que en la investigación antropológica, en este caso, somos el otro u otra definiendo y dando forma a la gente con la que estamos realizando nuestra respectiva búsqueda, sin que esto niegue el proceso en el sentido contrario, es decir, que ellos y ellas a su vez nos

* Profesora investigadora del Departamento de Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.



definen y dan forma. Tal vez, la única diferencia consiste en que nosotros lo escribimos, discutimos y publicamos con cierta sistematicidad.

En realidad, se trata solamente de recordar que cada investigador o investigadora habla o escribe desde una ubicación social, temporal, de formación o deformación profesional determinada. Existirán también múltiples maneras de acercarse a lo que, en mi caso, sería la cultura y el género en la población afrodescendiente de la Costa Chica de Guerrero. Para presentar nuestro argumento de una manera muy puntual, describiremos el espacio, y a continuación las categorías analíticas: cultura y género, y de manera paralela explicaremos cómo se aplican en los habitantes de la región con énfasis en los afrodescendientes.

La región y sus pobladores

La Costa Chica de Guerrero es una franja costera que abarca desde el sur de Acapulco hasta Huatulco, en el estado de Oaxaca. Este espacio geográfico es compartido por la población de origen africano, conocida localmente como “morenos”, asentada preponderantemente en las partes bajas, más cercanas al mar, por lo que se les dice también “abajefios”. Los indígenas de diversos grupos, como los tlapanecos, mixtecos, amuzgos y algunos nahuas, que se asientan preferentemente en las partes un poco más altas y frescas, por esta razón se los conoce como “arribeños”. También encontramos a los llamados “mestizos”, que habitan en casi toda la región. Esta forma de asentamiento, que se originó con la conquista, ha ido cambiando, según se han desarrollado diversos procesos históricos económicos y sociales. Desde hace más de una década, además de los movimientos internos de población, se ha incrementado y ahora se constata una notoria migración internacional.

Al hablar de afrodescendientes o población de origen africano, me refiero al grupo que fue sometido a una situación de esclavitud y trasladado por la fuerza, a partir del siglo XVI, a la entonces Nueva España. Luego de su arribo, se mezcló con los indígenas originarios y con los conquistadores. No existe todavía un consenso sobre cuál sería la manera más adecuada para definirlos. Aguirre Beltrán (1985: 69), que fue el pionero en trabajar con este grupo, los definió como afromestizos, categoría que se ha continuado utilizando, en algunos casos sin mencionar la fuente, y en la mayoría sin discutir el sentido de la definición. En este texto nos referiremos a ellos, indistintamente, como población de origen africano, afrodescendientes o afromexicanos, que



solamente son palabras que intentan señalar una diferenciación a partir de su origen, ya que todavía está pendiente una discusión más exhaustiva. Pero señalaremos que, a partir de este origen común, son portadores, creadores y recreadores de formas culturales que los distinguen de los otros grupos que habitan en esa región.

Los orígenes y presencias diversas en la Costa Chica tienen, a su vez, expresiones culturales igualmente distintas, que van desde las formas de vestir, la comida, la bebida, el idioma y las fiestas. En muchos casos celebran a los mismos santos pero —de un grupo a otro— los festejos adquieren matices propios, que están relacionados con sus orígenes y su desarrollo histórico, que los han ido definiendo como grupos con identidades diversas, que son muestra de pluralidad cultural.

Otro punto de partida importante, que se deriva del anterior, es que difícilmente podríamos entender lo que sucede ahora, si no nos remontamos a las complejas redes que se fueron tejiendo a lo largo de la historia entre los habitantes, la economía, sus expresiones culturales, el medio ambiente y los factores externos que los han influido.

En la actualidad, la Costa Chica, tiene una variada gama de actividades económicas, entre las que podemos mencionar la ganadería, actividad asociada a la llegada de los conquistadores que introdujeron el ganado vacuno a la región, y que había estado escasamente integrada a la economía nacional; a excepción del ganado vacuno, que era consumido internamente, surtía al puerto de Acapulco y se trasladaba para su venta hacia el actual estado de Puebla. Para su explotación fue que se introdujeron esclavos africanos o de origen africano desde el siglo XVI, porque a los indígenas de la región además de haberlos diezmado, los expulsaron de las tierras bajas creando grandes latifundios, como lo señalan Aguirre Beltrán (1985: 29-51) y Dehouve (2001:43-53). Fueron estas grandes estancias ganaderas a donde llegó un considerable grupo de africanos y sus descendientes, y también Aguirre Beltrán sostiene que llegaron cimarrones y se asentaron en la región, que estaba bastante aislada del resto del país. La agricultura de milpa se centraba básicamente en la producción de maíz y frijol para el autoconsumo local/regional. Un elemento importante en esto fue la ausencia de caminos que la integraran tempranamente, esto se explica en parte por la presencia de caudalosos ríos. Es probable que ésta haya sido una de las causas para que todavía en la actualidad podamos encontrar grupos afroamericanos diferenciados.



Debemos recordar que la carretera que va desde Acapulco por la costa hacia el sur, recién se construyó después de los años sesenta del siglo XX; gracias a este medio de comunicación, la región se fue integrando paulatinamente a la economía nacional, además de que se empezaron a sembrar cultivos para demanda externa, como copra, ajonjolí y jamaica.

También debemos señalar que una parte de la población complementa las actividades arriba señaladas, con la pesca y algunas labores artesanales relacionadas con la producción de sal, de pan y diversos artículos de barro; esta producción artesanal ha estado relacionadas también con la demanda local/regional y, en algunos casos, estos artículos iban fuera de la región. Los afrodescendientes han estado ligados a la mayoría de estas actividades, y una manera metodológica de separarlos serían sus expresiones culturales que marcan ciertas fronteras simbólicas en esta multiplicidad de redes de intercambio entre ellos y sus vecinos.

La cultura y sus expresiones

Si bien en México se han hecho diversos trabajos sobre la presencia africana en nuestra cultura, tanto desde el punto de vista histórico como etnográfico o antropológico, como sostenía líneas arriba, sería complicado e inadecuado señalar o tipificar ciertas expresiones culturales como “pertenecientes” al grupo de población de origen africano, y menos como “africanas”.

Por todas estas razones, me remito a la propuesta de Wolf (1987) sobre cultura, que debería ser entendida como un proceso en el que intervienen los individuos y sus grupos de pertenencia, en un continuo movimiento de creación y recreación, de afirmación y negación, inmersos también en múltiples juegos de poder. Esta afirmación llevaría a pensar en cambios constantes, producto de las múltiples relaciones que se establecen entre los diversos grupos, que marcan fronteras muy frágiles, crean “nuevas tradiciones”, ajustan las costumbres. El devenir cotidiano las pone en constante movimiento, además de los intereses y manejos de poder entre los integrantes de los grupos, situación que nos sugiere observaciones más finas de los protagonistas, tanto en lo histórico como en el aquí y ahora. Esto se complementaría con las afirmaciones de Bonfil (1993: 222-234) respecto a que el cambio se constituye en la manera constante de ser de todas las culturas, lo que, a su vez, nos lleva a aceptar que todas ellas son modernas, de lo contrario no hubieran sobrevivido a lo largo de la historia. Lo que ha sucedido es



que unas culturas han actualizado su manera de imponerse a otras y éstas han hecho lo propio con sus respuestas.

Me interesa señalar que todos y cada uno de los protagonistas de esta historia —los grupos afrodescendientes y los indígenas— estuvieron siempre en un proceso de multiplicidad de intercambios, reciprocidades y pugnas —siguiendo a Bonfil (1993) y Barth (1976)—, que les permitió afirmar sus autoadcripciones identitarias, pero también el establecimiento de una suerte de resignificaciones. Los antiguos conquistadores convertidos en encomenderos, estancieros y ahora en caciques, también estuvieron presentes de varias maneras y han jugado diversos roles en este juego poder y dominación económica, pero también ideológica y política, atizando los aspectos conflictivos entre los indígenas y afroestizos, en su beneficio.

Pero habríamos dejado de lado la consideración de que las desigualdades no se limitan a lo cultural (muchas veces se comparten danzas, devociones y festejos, lo cual no borra las diferencias), sino también a lo económico, social, político, lo que es una cuestión de poder, por ello el análisis y la comprensión de los fenómenos deberían abarcar estos frentes diversos. Si descuidamos estos elementos, la presentación y explicación que hacemos de los afrodescendientes, quedarían sólo en estereotipos de algunos rasgos que les hemos asignado y que en parte han sido asumidos como “propios”. Teniendo presente todas estas consideraciones, es pertinente señalar algunas expresiones reconocidas en la Costa Chica de Guerrero como “afroestizas”: la danza de los diablos, de la artesa, la chilena, aunque también hay formas de cocinar, de hablar, y hasta de expresión corporal que responden a esta marca local. Sin embargo, la mayoría de estos elementos son compartidos, en la actualidad, con otros grupos que les dan sentidos distintos. Lo único que nos queda claro es que la realidad es mucho más compleja y que aun no tenemos una respuesta satisfactoria.

Género en grupos afrodescendientes

Consideramos, como muchos autores, que el género es una construcción cultural, que es cambiante de acuerdo con los fenómenos que se desarrollan en las comunidades de adscripción, que es dinámico según la generación y posición social y económica de las personas. Por lo tanto, para la población de origen africano, es también un proceso de afirmación y renegociación permanente que se da de manera dialógica como cualquier adscripción identitaria. En los



siguientes párrafos enfatizaremos en la construcción del género para las mujeres afrodescendientes de la Costa Chica, con un muy breve contexto histórico.

El señalamiento de Cecilia Rossell (2003) en el análisis que hace sobre los códices Selden y Mendocino, sobre el papel de las mujeres prehispánicas, según la generación: niñez, plenitud y vejez, y cómo en cada etapa cumplían roles diversos, se mantiene vigente en los diversos grupos sociales. La misma Rossell menciona que las mujeres, en su mayoría, tenían equidad en su participación en diversos planos de la vida: doméstica, guerrera y ceremonial, junto con los varones. Aunque la fuente analizada no sirve para generalizar, tenemos que reflexionar sobre sus aportes, dado que corresponden a una región con relativa cercanía a la que trabajamos. Si bien llama la atención sobre los roles relevantes que cumplían las mujeres en la época prehispánica, a modo de hipótesis pensamos que probablemente continuaron durante la conquista y la Colonia, aunque el dominio colonial haya buscado imponer nuevos modelos.

Claro que, en nuestro caso en concreto, tendríamos que reflexionar sobre qué sucedió en esta nueva conformación de identidades de grupo, cómo se reestructuraron los modelos, en los que tal vez se podía hacer alguna remembranza de la posición que las mujeres tenían en sus diversos grupos de origen (africano, indígena y occidental), y cómo en esa obligada integración se crearon formas nuevas en este complejo proceso de reestructuración cultural frente a la nueva situación de dominación. Damos por hecho que hubo un fuerte mestizaje debido a que llegaron una mayor proporción de esclavos africanos o sus descendientes, que se mezclaron con las mujeres indias de la Costa Chica y esto debió tener repercusiones no sólo en el mestizaje fenotípico, sino, y especialmente, en la posición y reestructuración de los roles de las mujeres en los grupos ahora conocidos como afrodescendientes.

Hasta hace poco nos costaba trabajo entender el lugar de las mujeres, salvo que fuera el de sometida y/o víctima, dado que, como lo señala Lila Abu-Lughod (2003), nuestra mirada estaba atravesada por una fuerte carga colonial y poscolonial; en su propuesta crítica a los modelos feministas occidentales con los que se pretendió examinar a muchas sociedades, en especial del Oriente Próximo. Para nuestro país, se han venido haciendo aportes en este sentido, como el de Mummert y Ramírez Carrillo (1998), que compilan una serie de trabajos en los que se empieza a matizar, sobre diversas etnografías, cómo las mujeres tienen, ejercen poder, o cómo lo van



adquiriendo gracias a la realización de actividades, bien sean tradicionales o nuevas, como la artesanía, el comercio, o con su ingreso como trabajadoras asalariadas.

Respecto a la posición de las mujeres en comunidades afrodescendientes, en un trabajo anterior (Quiroz 1998:165-170) se había detectado una situación relativamente igualitaria, particularmente las que pertenecen a grupos domésticos productores de sal.

Siguiendo la propuesta de Wallerstein (2004: 224-239), las unidades domésticas deberían ser la base del análisis primario, porque en éstas se incluyen diversos elementos, que cruzan tanto las tareas domésticas como las productivas, que, en la realidad, están casi siempre traslapadas. En mi trabajo, tomo al grupo doméstico como una unidad de producción y consumo, por tanto, un espacio de conflictos, alianzas y reciprocidades, y fue al interior de éstos que traté de observar el papel no sólo económico, sino también socio-cultural y de manejo de poder, que juegan las mujeres de origen africano.

En los afromestizos, la unidad o grupo doméstico es el núcleo social básico organizador de la producción, con base en una elemental división del trabajo que tiene que ver con la edad y el género (las actividades se definen como masculinas y femeninas no en función a la naturaleza o sexo de las personas, sino en la forma en que en cada grupo cultural son percibidas). Los artículos que produce el conjunto de los miembros de la unidad doméstica, y específicamente las mujeres, en parte se destinan a cubrir las necesidades del grupo y en parte se asignan a la venta y al cambio (forma local para referirse al trueque de mercancías, sin que haya dinero de por medio), tanto local como regional. El producto de la comercialización de los mismos se destina a cubrir parte de las necesidades monetarias de los miembros de estos colectivos.

De acuerdo con nuestros avances, se puede afirmar que las mujeres, en su mayoría afrodescendientes, son las administradoras de los recursos productivos y del dinero de sus grupos domésticos. Es muy difícil que se tome una determinación sin su opinión, aunque ellas sí están facultadas para tomar decisiones sin haber hecho consultas previas, en el entendido de que van encaminadas al bienestar del grupo familiar.



Aunque, en muchos casos, no tengan derechos tradicionales de herencia por línea paterna ni materna, tienen derechos sobre las propiedades de sus maridos. También dentro de esta tendencia se pueden presentar ciertos cambios y matices relacionados con la presencia o ausencia de pareja, es decir, si son madres solteras o mujeres independientes con hijos, no sólo reciben, sino que ellas a su vez otorgan herencia a hijos e hijas.

Otro elemento que vale la pena señalar es el valor social del trabajo tanto de hombres como de mujeres, pero también de los niños y niñas. Tener hijos implica tener mano de obra que apoye las labores de los padres; la diferencia estriba, tal vez, en que este hecho es valorado positivamente.

Un segundo factor relacionado con la división del trabajo tiene que ver con el género, porque existen tareas que culturalmente son consideradas como masculinas o femeninas, aunque algunas o la mayoría de ellas puedan ser ejecutadas indistintamente por ambos sexos, es decir, son mixtas. Estas labores no siempre están en relación directa con el esfuerzo físico, sino que son distribuciones culturales que van variando de región en región y obviamente de cultura en cultura.

En este caso será bueno tener presente la propuesta de Moore (1991: 60) de analizar no sólo el valor económico del trabajo, sino también, y tal vez mucho más importante, su valor social. Cabe señalar que, en este sentido, no existen valoraciones positivas o negativas en relación con las tareas de los hombres, las mujeres, los niños y las niñas; el valor estriba en el aporte en sí mismo. Es probable que el valor que tienen los individuos, tanto hombres como mujeres, niños y niñas, como aportadores de trabajo, sea uno de los factores que influye en una valoración menos prejuiciosa del trabajo tanto productivo como doméstico. Porque considero que se tiene que explorar tanto la valoración que tienen los individuos a cerca de su trabajo, como la valoración social de la comunidad y colectividad.

Nuevas preguntas

Una pregunta que nos hacemos ahora es sobre el futuro de los grupos de afrodescendientes, y las mujeres, frente a las nuevas situaciones, con el incremento cotidiano del fenómeno migratorio. Por un lado, la migración no se circunscribe sólo a los hombres, pues están migrando tanto hombres como mujeres. Cuando se terminen de construir y hacer arreglos en las casas, así como



de comprar aparatos electrodomésticos, ¿hacia dónde se van a orientar los ingresos excedentes?, ¿seguirán siendo las administradoras del dinero?, ¿cambiarán sus posición frente a los nuevos roles que se generan a partir de la migración?... son nuevas situaciones a las que se verán enfrentadas las comunidades afrodescendientes, de las que aún no tenemos respuestas claras, pero sí muchas interrogantes, en especial con relación a las mujeres, su ubicación, posición, manejo y negociaciones al interior de sus respectivos grupos domésticos.